

Prefacio

Rosy García. Asistente de especialista en toxinas. ¿Por qué? Simple: «H.E».

El mundo colapsó tras los desastres naturales, guerra, y escasez. Más un castigo igual de malo, esos humanos evolucionados. Salvajes, despiadados, fuertes y mejor adaptados a la naturaleza. Sus ojos eran algo para resaltar, colores variados y vivos, pupilas rasgadas, como los de un gato, pero con la capacidad de ver más colores. H.E contra nosotros, nos atacamos sin descanso, hasta que se decidió proteger mejor las ciudades y mantenerlos alejados.

Al ser seres humanos también, sociedades protectoras se alzaron a favor de su respeto y protección. Los años pasaron así, pero no los intentos de estudiarlos. El gobierno, sin embargo, seguiría buscando cómo reducirlos en número, mantenerlos a raya y, de ser posible, si ellos se lo buscaban, desaparecerlos de la tierra.

Rosy les tenía miedo y fascinación. Había escapado por poco de que la mataran cuando atacaron el laboratorio en el que trabajaba. Eran tan o más inteligentes, lograban filtrarse a veces, de alguna forma, penetraban los muros de las ciudades. También se entendía que eran civilizados, pues se mantenían en colonias, con sus propias reglas y vidas, según los estudios.

Las disputas habían disminuido. Poco a poco los fue conociendo más, acostumbrándose a verlos. Ella estaba interesada en otros aspectos de su vida, había sido rechazada por un compañero de trabajo y eso la tenía en ascuas.

Su ánimo casi nunca flaqueaba, la conocían por ser la más risueña, a pesar de tener veintitrés años. Él le había dicho que era guapa pero no parecía de las mujeres con las que se podía tener algo serio, la consideraba infantil, y ella, para su pesar, no pudo refutar eso.

Resignada a vivir el resto de sus días en la investigación, sin hombre que la consolara, sin tener carne de dónde agarrar, se encontraba estudiando algo de tejido de un cadáver. John, su ex casi pretendiente, pasó corriendo por el pasillo y luego volvió a pasar de regreso, llamando su atención. ¿Algo había pasado? Se tomó un corto tiempo en guardar las cosas y muestras antes de ir a ver.

Al llegar a la zona de emergencias encontró a su amiga Marien y a otro amigo que tenían en común, uno de Seguridad Nacional, organización destinada a controlar H.E. John atendía a unos tres hombres. Luego de preguntar qué pasaba, no pudo evitar fijarse en los tres nuevos.

Eran evolucionados, los habían hecho entrar de forma encubierta seguramente. Requerían atención médica. Tuvo algo de miedo al inicio pero los demás le contagiaron el sentimiento de seguridad y, por supuesto, curiosidad por aquellos seres que siempre le parecieron peligrosos y majestuosos como depredadores.

Los recién llegados eran dos que parecían hermanos, de felinos ojos celestes y cabello oscuro, pero su vista se centró en el tercero. «Huy, pero si está lindo», pensó, un poco fuera de lugar. Cabello castaño bastante claro, barba apenas crecida de quizá un par de

días, ojos color miel, intensos y bellos, pero con mucha, mucha tristeza. Tensó los labios.

Se le veía fuerte y debilitado al mismo tiempo, por el maltrato que debió de haber sufrido, sabía que el gobierno capturó algunos para estudios, pero no sabía hasta qué punto, si incluso se suponía que estaba prohibido tocarlos, los de las sociedades protectoras y la policía tal vez no estaban enterados. Notó que el H.E tenía algunas manchas de sangre también. Quería acercarse y curarle, pero no con cara de pena, no quería que pensara que le tenía lástima a pesar de que sí, un poco. Tenía entendido de que seres como él, altivos y llenos de orgullo salvaje, detestaban la compasión humana.

Respiró hondo, sonrió y fue hacia él, que ya había plantado sus intensos ojos de gato en los de ella. En ese segundo deseó poder saber su historia, formar parte de lo que le venía. Sintió que era como un león que había estado enjaulado casi toda su vida, que tenía todo un mundo de cosas guardadas, esperando poder gritarlas.

Capítulo 1

El último día de mi vida

Dos años atrás. Zona Sur.

«Siempre debes respetar a los que te rodean, nunca atacar a otro de tu especie, todos somos iguales, y debemos estar unidos. Siempre sé un hombre de bien...»

Nosotros, humanos evolucionados, o «H.E» como nos llamaban, éramos como una versión mejorada de ellos. Visión perfecta en la noche gracias a nuestros extraños ojos con pupilas rasgadas, caninos más desarrollados, uñas de las manos en punta, más fuerza, y uno que otro gruñido.

Ellos nos tenían mucho miedo y a la vez rencor, pero logramos alejarnos de sus territorios y así dejaron de molestar. Los humanos fueron víctimas del calentamiento global que ellos mismos ocasionaron, una guerra mundial que los acabó reduciendo, así que no fue nuestra culpa haber heredado la mayor parte del planeta.

Éramos más pacíficos en realidad.

Caminaba de costado mirando fijo a un par de ojos amarillos. Ambos estudiábamos los movimientos del oponente, íbamos a tener una lucha. Bueno, éramos pacíficos pero no significaba que no tuviéramos pequeños «duelos amistosos». Mi adversario: bastante masa muscular, garras y colmillos enormes, le calculé más de cien kilos de bestialidad.

Gruñó temiendo por su seguridad.

—No me mires así, solo te dejaré inconsciente. —El león de montaña no respondió, claro—. Será divertido —ronroneé.

Pero algo lo espantó y salió huyendo. De entre los arbustos apareció otro evolucionado como yo, le gruñí, ya que acababa de quitarme a mi oponente, ahora sería él.

Observé los ojos color miel de mi contrincante para ver si se intimidaba, en ese instante miró a los costados y sonrió.

—¡Una carrera hasta la casa!

Sonreí también. Él siempre me retaba y huía. Mi hermano «mellizo», según nuestros padres, siempre estábamos juntos, dejando de lado el hecho de que era un deber estarlo, simplemente éramos inseparables.

Sagitario me había salvado el pellejo de muchos leones de montaña, y era que me encantaba pelear con esos animales, podía ser que estaba loco, de hecho así me decía él. Algunos cazaban animales y además podíamos comer carne cruda, pero no era muy bien visto que digamos, luego nuestro estómago se mal acostumbraba y pedía más carne cruda. En la época oscura, como le decían, algunos llegaron a comer carne humana.

Habíamos dejado eso atrás, nos centrábamos en recordar las cosas de avance, las cosas buenas, pero quizá ellos no. Se decía que no olvidaban ninguna fecha en la que tuvieron peleas, las rememoraban y hacían que sus niños las aprendieran. No las dejaban ir, ni una sola, y no le hallaba sentido a eso. En fin, *humanos*.

Nuestros nombres eran un tanto diferentes a los de ellos, según escuché. La mayoría era de las estrellas del cielo, como el mío, Ácrux, la estrella de la constelación «Cruz del Sur». Pero había otros que preferían algo más terrestre, como fenómenos naturales, animales y demás. Fuera como fuera, y dijeran lo que dijeran, los humanos habían inventado esas palabras, así que no estábamos del todo desligados. La diferencia era que no usábamos «apellidos», nos bastaba el olfato para saber quién era y de qué familia venía, eso les faltaba a ellos.

Corrimos a mucha velocidad. Tenía entendido que los humanos no nos superaban tampoco en ese aspecto. Nuestra sociedad era sencilla pero con muchas reglas que acatar, reglas que nos permitían vivir mejor que ellos.

Recibí un empujón y rodé por la tierra. Tosí y reí sin poder evitarlo.

—¡Hiciste trampa! —reclamé.

Sagitario se detuvo y rio también, pero retomó la carrera asustado cuando me vio ponerme de pie y salir disparado a su alcance.

Justo a un par de metros antes de llegar a casa, brinqué sobre su espalda y caímos.

—¡Niños, tranquilos! —pidió nuestra madre.

Lluvia. Sus ojos claros como la miel siempre nos transmitían mucha dulzura.

—Están muy felices —comentó otra voz femenina.

Mi corazón dio un muy leve brinco, volteé a verla y le sonreí solo un poco, eso hizo que dejara de mirarme. Pradera, sus ojos verde oscuros hacían que me perdiera pero ella no lo sabía y nunca lo haría, no pensaba qué debía decirle, no existía ningún motivo útil en eso, solo le propondría unirse a mí en un núcleo cuando fuera el momento apropiado.

Núcleos. Era la forma que teníamos de juntarnos con una compañera o compañero para toda la vida, y yo quería que fuera con ella, eso sí quería decirle muy pronto.

—Bueno, fue un gusto ayudarla —le dijo a mi madre—, me retiro. Hasta luego —se despidió dándonos una rápida mirada.

—Hasta luego —respondimos.

Al sentarnos a almorzar, Sagitario no dejaba de mirarme con sospecha, bajé la vista algo incómodo porque pudiera haberse dado cuenta al fin de eso raro que sentía por la joven.

Mi madre se retiró y nos dejó en silencio.

—¿Qué es lo que haces en las noches? —preguntó de pronto.

Tragué con dificultad y respiré hondo, aplacando mis latidos para no delatarme, ya que teníamos muy buen oído, añadiéndole a eso, un muy buen olfato también.

—Voy a ver el lago, me gusta.

—Hum. Está algo lejos. ¿Puedo ir contigo esta vez?

Fruncí el ceño apenas al sentirme algo acorralado.

—Quizá luego, lo hago más por estar solo...

—Ya veo, ¿llegó el momento en el que te aburríste de mí?

—No, no, no, no —negué con prisa por lo que rio un poco.

—Tranquilo, lo sé. —Tomó su plato y se dirigió a lavarlo—. No puedes vivir sin mí, eso lo sé.

Respiré hondo y sonreí.

—Eres muy listo.

—He pensado en quedarme con mamá y no formar un núcleo con nadie... ¿Y tú?

Eso me dejó perplejo. Nuestro padre fue llevado por los humanos hacía años, éramos lo único que le quedaba a mamá. Mi cargo de conciencia atacó, no debería dejarla sola. Sagitario, como siempre, sabía bien cuáles eran las prioridades, mientras que yo solía soñar mucho más de lo permitido.

—Tranquilo —dijo, sacándome de mis pensamientos—. Soy veinte minutos mayor, soy yo el que debe tomar esa responsabilidad.

—Hermano... no. El que yo forme un núcleo no significa que los abandonaré. Viviré en la casa de al lado incluso... —Soltó a reír, cortándome el habla.

—Guau, qué sobreprotector. Seguiremos juntos, eso lo sé también.

Sonreí con leve alivio. Sin embargo, sentí tristeza, si no formaba un núcleo nunca le darían un hijo, de algún modo, eso te daba más renombre. No nos decían de dónde conseguían a los bebés para darles a las parejas ni nada más, los líderes nos ocultaban muchas cosas y no podíamos preguntar, como dije, para que viviéramos mejor que la otra especie inteligente de este pobre planeta.

Apenas bajó el sol, esquivé a mi hermano que quería jugar a algo en el salón con mamá. No me gustaba mentir ni alejarme de ellos, pero era por... No, no tenía excusa, querer ver a una amiga no era excusa, pero lo hice igual. Fui al lago.

Miré a los costados cuando escuché el muy bajo respirar de alguien, me dio un par de toques en el hombro desde atrás y volteé a verla.

—Vaya carrera la que tuvieron hoy —murmuró Pradera con una sonrisa.

No le vi los colmillos así que supe que estaba en transición a su etapa adulta. En esa época se nos caían los colmillos y crecían otros pero se mantenían pequeños, nuestros ojos cambiaban también. Nos decían que era lo más parecido a los humanos que podíamos ser, para luego volver a cambiar y lucir como verdaderos H.E. Yo ya había pasado esa etapa justo hacía poco que terminé mi carrera.

—Tenía que ganarle, había hecho trampa.

—Ya lo suponía.

Caminó acercándose más a la orilla, quedé viéndola un rato antes de darle alcance. Ella tenía algo que me atraía, sería su cabello negro o sus ojos, quizá su cuerpo, aunque eso era absurdo, su voz también. Era solo una chica, había jugado con ella desde niño y era casi tan o más salvaje que yo, lo cual me causaba gracia.

Era solo una chica. ¿Pero qué era eso especial que hacía que me atrajera?

—Ya acabaste tus estudios, ¿qué harás ahora? —preguntó, congelándome unos segundos.

—Justo quería hablar de eso —dije con un poco de nerviosismo. Me miró y esperó a que hablara pero no tenía el valor—. Mañana te lo diré, ¿sí?

Un aroma nos alertó y ambos volteamos a ver a los dos humanos que también se espantaron al vernos. Gruñí fuerte en forma de amenaza mientras Pradera se ocultaba detrás de mí.

—¡H.E! —gritó uno asustado—. ¡¿Qué hacen por aquí?!

—¿Que qué hacemos? ¡Es nuestro territorio! ¡Largo!

Sus rostros revelaron miedo y al mismo tiempo rencor. El que no habló tiró del brazo del primero para salir huyendo.

—¡Déjalo, nos matará, debemos avisarle al general! —Corrieron.

Me dio muy mala espina que creyeran que podían venir a nuestras tierras, ellos ya se habían quedado en sus ciudades, no tenían por qué salir de ahí ni intentar volver a recorrer el planeta que casi destruyeron.

Un leve toque en el brazo me devolvió la calma, Pradera me dio su leve sonrisa de consuelo y se alejó.

—Tranquilo, déjalos. Los humanos siempre han sido algo molestosos.

Sacó una pequeña bolsa con comida para los peces, me había llenado de paz otra vez sin problemas, esos humanos podían estresar de forma tremenda. Luego de dar de comer a los peces y a algunos patos, me permitió acompañarla a su casa. Me despedí educadamente de su madre que salió a recibirla y me fui.

Todo era respeto en mi sociedad. Si fallabas, era una deshonra para ti y tu familia. Y siempre había que presentarse tranquilo, sin sonrisas, eso se reservaba para tus iguales, a veces, no para tus mayores.

Al amanecer me presenté en uno de los puestos de trabajo. Estudié comunicación, algo que me permitiría estar al tanto de lo que los humanos hicieran y avisarlo aquí si era necesario, y de ese modo proteger a los que me importaban.

Me habían aceptado, empezaba al día siguiente. Quedé en ir a casa luego, así que estaba de camino, pero un fuerte estruendo me sorprendió y asustó a la vez.

Volteé, y mis ojos no creyeron lo que veían. Toda una horda de armas humanas, esas cosas a las que llamaban tanques, autos, pistolas, tipos uniformados. Pánico.

Arranqué a correr como si fuera lo último que haría, y empecé a considerar que tal vez sí. Gritos y más gritos. ¿Y ahora qué pasó? ¿Por qué habían venido? ¿Qué era lo que querían con nosotros? Corrí, corrí a más no poder y entré de golpe a casa.

—¡Mamá! —la llamé.

—¡Ácrux, por aquí! —respondió mi hermano.

Los encontré en su habitación.

—¡Vamos, no es seguro! ¡Vámonos de aquí! —Tiré de sus brazos y salimos corriendo otra vez.

Pude ver a lo lejos cómo los más grandes y fuertes se lanzaban a atacar a los humanos. Traté de no prestar atención a los gritos, nunca me agradaron los enfrentamientos, era lo peor que había, sacaba lo peor de todos. Lamentablemente, los humanos tenían ventaja con sus armas, el olor de la sangre de mis congéneres me lo advirtió. Me dolió pensar en quienes estaban pereciendo.

Llegamos a un refugio que se ocultaba bajo una pequeña montaña vecina de la ciudad. Pradera y sus padres estaban ahí. Ella vino a mi encuentro y quedó frente a mí con una sonrisa de alivio. Su padre se acercó también.

—No tardarán en dar con nosotros —advirtió—, tienen perros para suplir su falta de buen olfato.

—Los distraeremos y dirigiremos a otro lugar —asegué.

—Tengan cuidado, por favor —rogó Pradera.

—Corran y no dejen que los atrapen —pidió mi madre, llena de angustia.

Sufrí al verla así, todo por culpa de esos seres. Por un segundo me arrepentí de haber estado en el lago, no nos hubieran visto. Me hubiera quedado con mi familia, pero ya había acordado estar ahí.

Malditos, ¿qué era lo que querían? ¿Era porque éramos diferentes a ellos?

Me dispuse a salir con mi hermano y todo un grupo de hombres jóvenes decididos a dar pelea, pero una fina mano tomó la mía, acelerando un poco más mi pulso.

—¿Volverás? —Pradera se veía indefensa ahora con esa apariencia.

—Claro, lo haré. Quédate aquí hasta que todo acabe, que los humanos no te vean así.

Se empinó y juntó su frente a la mía. Era lo más cerca que habíamos estado nunca. Cuando se alejó el miedo se apoderó de mí pero no dejé que me venciera, debía salir y protegerla a ella, a mi madre, a todos.

No quería que esa fuese la última vez que los viera.

Sagitario tiró de mi brazo y lo seguí sin dudar. Una vez que cubrimos la entrada con muchas ramas de *molle*, un árbol muy oloroso de estos bosques secos, corrimos para distraer a los odiosos humanos. De ser posible, detenerlos y saber qué querían.

—Vamos, Ácrux —dijo mi hermano—. Estaré contigo, descuida, podemos con esto, somos un equipo, ¿no?

Asentí con firmeza, sintiendo mi propia fuerza venir. Corrimos con los otros jóvenes y dimos con la horda de humanos. Enseguida arrancaron en nuestra dirección y nosotros tomamos otro camino que los alejara, para así evitar que sus perros lograsen olfatear a los nuestros tras el molle.

Empezaron los disparos, el pánico me quiso invadir. ¿Habían venido a matarnos a todos? Di un vistazo para saber qué pasaba y vi a uno de mis compañeros atrapado en una red mientras los humanos lo rodeaban, luego sus gritos, y cerré los ojos, volviendo mi vista al frente para seguir huyendo.

Mi pulso martilleaba en mi cabeza, no estaba cansado pero sí angustiado. Nos perseguían en sus autos y antes de que reaccionáramos ya nos habían dado alcance. A pesar de que la naturaleza no los dotó con lo mejor, quizá por ser tan peligrosos e inconscientes, ellos se crearon sus propias armas y obtuvieron algunos aliados como los canes.

Escuché un disparo y nos lanzamos al suelo, sin pensar siquiera, esquivando una red que atrapaba a otro compañero. Gritó y gruñó intentando liberarse hasta que el vehículo llegó a su lado y lo dejaron inconsciente con una descarga eléctrica. Unos metros más allá, otros estaban siendo capturados.

El miedo quiso dominarme. Brinqué esquivando otra descarga y eché a correr al instante. Mi hermano me dio un empujón y recibió una red, para mi horror. Derrapé sobre la tierra para detenerme de golpe por la desesperación.

Grité e intenté liberarlo.

—¡VETE! —gruñó.

Sin hacer caso, tiré y mordí la red. Logró liberarse y le marcó la cara con las garras al primer humano que se acercaba. Otro lo golpeó con su arma, pero solo consiguió enfurecerlo más. Vinieron más, como plaga, y empezaron a golpearnos con sus armas. Me desesperé más, ¿qué les habíamos hecho?

—¡Déjenlo! —grité.

Voltearon a verme. Uno sonrió y le apuntó a mi hermano, que ahora yacía en el suelo, quejándose de dolor.

Mi madre nos esperaba, Pradera me esperaba, no podíamos morir, se suponía que esto no debía pasar.

—¿Te preocupa este? —preguntó el humano. Ni siquiera pude reaccionar. Le disparó al instante y di un respingo, para que luego mi mundo se derrumbara como cristales—. Listo, ya estás solo y sin ataduras.

Las lágrimas inundaron mis ojos, empecé a gruñir de forma salvaje. ¿Cómo pudo? ¡¿Cómo pudo matarlo sin siquiera tomar en cuenta quién era él y lo que significaba en la vida de otros seres vivos?! ¡Acababa de destruir todo un pequeño mundo sin remordimiento alguno!

—¡INHUMANO! —Mi grito casi desgarró mi garganta.

—Quiero a ese —indicó el hombre—, se le ve joven y fuerte.

Me lancé al ataque, pero no pude hacer mucho. Una fuerte descarga eléctrica me hundió en la oscuridad.

Capítulo 2

Pérdida

Dolor, puro dolor.

Sentí algo como un tubo metido por la boca que llegaba hasta mi garganta y quizá más. Me quejé un poco, todo lucía irreal pero sabía que no lo era.

—La anestesia no le hace efecto del todo —escuché que murmuraron a mi alrededor—, deberíamos intentar ponerle más para que no sienta los cortes.

¿Cortes? ¿Qué demonios me iban a hacer? ¡¿Me iban a abrir como a un animal?!

Un insistente sonido como marcapasos aceleró su ritmo al igual que mi corazón, mi respiración se agitó, quise sacudirme de todas esas cosas que me habían puesto pero mi cuerpo no reaccionó. Algo parecido al terror me invadió, quise gritar. Logré verlos con extrañas navajas a mis costados y no podía huir, estaba a su merced.

—Más dosis de anestesia ingresando.

¡No! No, no, no, no... no...

Desperté adolorido en una celda oscura, en segundos el dolor se expandió y no pude evitar quejarme. Moví apenas mi brazo y palpé mi sien que era en donde más dolía. Solté un quejido por un raro ardor al costado de mi vientre bajo y en mi hombro izquierdo.

Malditos humanos, ¿qué me habían hecho? ¿Dónde estaba mi familia? Sentí que habían pasado años.

En ese instante recordé a mi hermano, que ahora estaba muerto, se me rompió el corazón otra vez y el llanto brotó sin permiso. Tapé mi boca y tragué saliva con mucha dificultad para calmarme, yo no era fuerte como otros, le tenía miedo a muchas cosas, no aguanté. Mi hermano lo único que hizo fue intentar darles pelea para protegerme a mí y a los nuestros. Sollocé y cubrí mi rostro, para luego soltar un grito de rabia.

Eso atrajo a algunos hombres.

—Ya despertó.

Gruñí furioso. ¿Esos malditos no entendían que debía salir e ir con mi madre? Gruñí con más rabia, mostrándoles los colmillos para hacerlos retroceder, pero no lo hicieron.

—Míralo, son tan salvajes —dijo otro.

Me les lancé, pero como la vez anterior, me recibieron con un choque eléctrico que me tumbó al suelo de golpe. Sin embargo, volví a gruñir, eso les enfadó y volvieron a electrocutarme, grité pero no se detuvieron hasta que todo volvió a oscurecerse.

Mamá...

La vi sonreír, sentada en la mesa del comedor.

—Ácrux, ¿cómo están tú y tu hermano?

—Mamá... él. —Mi voz fue un triste susurro.

—Tranquilo, todo irá bien, solo tienes que salir de ahí.

Se puso de pie, disponiéndose a salir de la casa, eso me desesperó, quise ir a abrazarla y pedirle perdón. Le rogué que esperara y fui con prisa a pesar del dolor.

—¡Mamá! ¡Por favor espera! —Pero era como si se hubiera vuelto sorda—. ¡Mamá! —Me golpeé contra una fría pared y me encontré en la oscura celda—. ¡No! ¡Quiero salir! —grité mientras golpeaba el muro.

—Son como animales, mira, ya se volvió loco solo por un mes de estar encerrado.

Volteé para gruñirles.

—¿¿Dónde está mi familia?! ¡Qué les hicieron!

Rieron.

—Listo para hacer más pruebas —le avisaron a alguien por una radio.

Me pegué a la pared, gruñéndoles de forma salvaje, pero solo les bastaron sus armas eléctricas para dejarme fuera de juego.

Cuando abrí los ojos estaba en una especie de lugar cercado en forma circular, como una especie de arena. Olfateé a dos de mi especie y giré enseguida para darles cara. Estaban ahí, inexpresivos, pero no me importó, no parecía haber humanos cerca así que me atreví a hablar.

—Oigan, no están vigilando, podemos escapar. —Ambos se acercaron, y para mi sorpresa, el de la derecha me dio un puñetazo que me hizo caer—. ¡¿Qué pasa con ustedes?! ¡Escapemos, no es momento de pelear!

Escuché las risas de los humanos, alcé la vista y ahí estaban, mirando a través de cristales.

—¿Qué esperas? Pelea —ordenó el tipo de ojos negros.

—No... —Traté de ponerme de pie pero una patada en el estómago me volvió a tumbar. Tosí—. ¡Basta! —le grité a mi atacante—. ¡Yo no te he hecho nada! —Dicho esto ambos empezaron a golpearme. Grité de dolor—. ¡Basta! ¡¿Por qué lo hacen?!

El dolor se disparó por todo mi cuerpo, y por más que gritaba que se detuvieran, no lo hacían. Los humanos reían, disfrutaban del espectáculo. No entendí por qué me atacaban, si éramos de la misma especie, ¿por qué les obedecían?

Yo no había hecho nada, no había hecho nada...

Siempre le prometí a mamá ser alguien de bien, y ahora estaba perdido en este lugar, deseando la muerte de estos seres sin piedad, sin esperanzas de escapar, salvo muerto, cuando se cansaran de hacerme quién sabía qué.

Pero si salía, ¿con qué cara le iba a decir a mi madre que no pude proteger a mi hermano? De seguro ya lo habían encontrado, y a mí no, y no estaba ahí para consolarla. Ni siquiera podía decirle o hacerle saber que seguía vivo, mi madre no merecía sufrir todo eso, ninguna madre debía pasar por eso.

Ahora estaría muy angustiada, sola.

La imagen de una joven de ojos verdes se hizo presente, sonrió un poco, pero no logré reconocerla. Ella quizá me conocía, pero tal vez solo de vista, quizá era alguna chica de mi ciudad...

Ya no recordaba muy bien.

Veía apenas a los humanos a través de un cristal, tenía el incómodo tubo metido por la boca, y al parecer estaba en agua, aunque ya no me ahogaba... ¿En algún momento me estuve ahogando? Sentí que sí, pero ya no estaba en mi mente el recuerdo.

¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

—Sí, con eso va a ser muy útil —murmuró un hombre, apenas reconocí lo que dijo.

Volví a cerrar los ojos.

Un joven apareció en mi mente, sentado a mi lado en la cima de una pequeña colina. El sentimiento de felicidad me acompañó unos momentos mientras veía el horizonte, era un muy bonito lugar, ¿dónde quedaría?

¿Quién era él?

Volteó con una sonrisa y señaló a los árboles lejanos. Sus ojos eran de un color miel como los míos.

—Los humanos están por ahí, escuché que les gusta experimentar, pero no pueden venir por nosotros. Somos libres como las aves, por eso nos gusta perseguirlas...

Techo oscuro me dio los buenos días, aunque en realidad no sabía si era de noche siquiera. Dos hermanos de ojos celestes y cabello negro me miraban, entonces recordé que en algún momento o día los pusieron aquí como compañeros de celda.

—¿Ya estás mejor? —preguntó el de la derecha.

Mi respuesta fue un suspiro.

—Te vimos sonreír un poco.

—Seguramente, creo que soñé con algún amigo que tuve. Al menos ustedes se tienen, ojalá yo tuviera un hermano.

—Bueno, nos tienes a nosotros.

Asentí con un leve movimiento. A veces despertaba solo y a veces estaban ellos, los humanos decían que seríamos un equipo.

Equipo...

—¿Son los cinco? —hablaba alguien mientras era apenas consciente de que estaba de pie junto a los hermanos, y a otros dos extraños de ojos casi anaranjados.

—Sí.

—¿Son detectables con el escáner?

—No, señor.

Una sonrisa de satisfacción.

—Perfecto...

Si intentaba atacar recibía electricidad y golpes, aprendí a ser sumiso. Agua fría expulsada a chorros lavaba mi cuerpo de vez en cuando, podía saber que había más congéneres cerca, pero estaba perdido en mi mente.

En algún momento me di cuenta de que no recordaba de dónde venía, apenas uno que otro flash momentáneo, todo en mi cabeza era esta realidad. Celda, soportar que me hicieran exámenes extraños y me dejaran inconsciente en varias ocasiones, y más celda.

Confusión, risas de hombres.

Escuché mis gruñidos, sentí que corría, que volaba, pero era como si estuviera encerrado en la oscuridad, en algún pozo muy profundo de mi propia mente, sentía y escuchaba todo como si estuviera lejos...

De pronto se aclaró. La luz del local me hizo entrecerrar los ojos, respiraba agitado, los hombres decían frases aprobatorias. Me percaté del sabor de la sangre en mi boca, eso me hizo enfocar mi vista, y lo que vi me espantó.

Otro como yo, un evolucionado, muerto.

Abrí mucho los ojos, escupí la sangre y miré mis manos. Más sangre. El aire se me escapó por la sorpresa y horror, mis manos ensangrentadas temblaron ante mi vista. Eso no podía haberlo hecho yo, yo no mataba, no lo haría, solo era un ciudadano normal. ¡Yo no mataría!

—¡¿Qué me han hecho?! —les grité a los tipos que observaban tras un vidrio.

Hicieron caso omiso, solo siguieron asintiendo y haciendo anotaciones. Caí de rodillas. ¡Eso no lo podía haber hecho! Presioné mi cabeza con las manos, intentando hallar alguna explicación.

Una puerta se abrió y los vi ingresar, me abalancé lleno de ira, pero al instante todo se oscureció.

Perdí el sentido de las cosas. Vagaba en una especie de letargo constante, no era consciente, no manejaba mis movimientos. Solo quería no despertar nunca, así sabría que al que atacé no murió y me mató. No sabía cómo pero lo haría, y eso me llenaría de paz...

La oscuridad de mi celda me acompañaba, quería que alguien pudiera detener esto, me había convertido en el malo, el temido. Si tan solo pudiera decirles que no era yo, que estaba siendo controlado, antes de matarlos. Inclusive a los humanos. ¿Por qué se atacaban entre ellos? Y peor, ¿usándonos a nosotros? Nos llevaban por sus ciudades en ese estado de letargo, uniformados como su ejército, cubriendo nuestros rostros con cascos, y nuestras manos con guantes. Una vez que daban la orden de atacar, no podía ni era consciente de nada.

Lo que alguna vez fui ya había muerto, a veces sentía que llevaba así toda la vida, no había otro sentimiento en mi pecho más que el vacío, oscuridad, soledad. No cuestionaba nada, ni por qué lo hacían, ni qué había hecho yo para que me castigaran. Quizá maté a alguien, y por eso me condenaron a seguir haciéndolo. ¿Me habían mandado a este lugar? ¿Alguien vino a entregarme? ¿De dónde venía?

¿Quién era?

Capítulo 3

Despertar

Tiempo actual.

Por primera vez me sentí en caída. Vi el cielo y no entendí por qué, hasta que me di cuenta de que estaba sobre el asfalto. El viento sopló un poco, parpadeé confundido. ¿Dónde estaba mi casco? ¿Y mis compañeros? ¿El hombre que nos controlaba? Lo olfateé cerca, me reincorporé un poco y lo vi inconsciente, no muy lejos, eso me sorprendió.

Observé también un pequeño local que parecía haber sido destrozado y estaba seguro de que habíamos sido nosotros. Vi a Alpha y a Centauri ahí adentro, reincorporándose,

confundidos. Éramos un equipo, ya lo recordaba.

Unas voces me hicieron ver al frente, sorprendiéndome aún más. Humanos, y un evolucionado como yo.

No había logrado matarlo, pero sí estaba herido. Él tampoco me había matado a pesar de todo. Fruncí el ceño al verlo tan cerca de esos, le hablaban como si fuese uno de ellos. Ya no perdía la cordura ni me lancé a atacar. ¿Era que acaso ya estaba libre? ¿Eso humanos iban a morir también en mis manos?

Me puse de pie con dificultad, de lo que ya se disponían a irse, el H.E se percató de mí y plantó su mirada en nosotros, mis compañeros salían a duras penas de ese lugar. Gruñó bajo, indicando que aún podía lanzarse y atacarnos, así que levanté las manos en señal de rendición, ya no quería más problemas, y estaba libre de ese infierno. Ya no quería matar.

—Lo sentimos, nos tenían controlados —expliqué, esperando que me creyera. Mil veces ensayé esa frase en mi mente y ahora al fin la decía—. Soy Ácrux, ellos son Alpha y Centauri —los señalé—, supongo que... Gracias por no matarnos.

—Ni que lo digas —respondió un humano castaño.

—Nos desharemos del hombre y nos iremos, nadie nos verá —aseguró Centauri. Él también ansiaba libertad.

—Vayan al hospital luego —pidió otro—, los atenderemos ahí.

Quedé absorto con eso. ¿Nos acababan de tratar como iguales? ¿Convivían con ese H.E sin pelearse?

—Apresurémonos, Ácrux —dijo Alpha.

Recuperamos los cascos del lugar destrozado y proseguimos. Respiré el aire con detenimiento, era una ciudad muy poblada, apestaba a estrés. No asimilábamos aun el hecho de poder estarnos moviendo por nuestros propios medios, incluso me sentía temblar de forma leve. Los hermanos me miraron, y aunque estábamos con cascos, supe que estaban tan asustados como yo. Estábamos realmente asustados, mi cuerpo esperaba un castigo, estaba aterrado. ¿A qué le temía? Quizá a que nos vieran otros y nos volvieran a capturar. Empecé a temblar más. No, no, no. ¡Todo menos eso, prefería morir!

—¿Volverás a donde te han dicho esos humanos? ¿Confiarás? —preguntó Alpha—. Ya estamos libres, huyamos. ¿Qué pasa si nos vuelven a capturar?

—Tienen a uno de los nuestros, no creo que nos hagan daño. Además, no sé a dónde volver.

—Eso qué importa, iríamos a donde sea. Eso no es todo, ¿y si ese que vimos estaba controlado?

—No, lo vi en su mirada, no es controlado. Y si ellos no nos mataron, sino que nos liberaron, es porque deben saber que somos usados por alguien más. ¿No quieren preguntarles quiénes? ¿No quieren poder hacerles pagar? —La ira volvió a nacer en mí, dándome fuerza.

Fruncieron el ceño y asintieron con determinación.

—Tienes razón, vamos a buscar al que sabe de esto.

Después de dejar al sujeto en un contenedor de basura, seguimos el rastro del aroma de ese extraño grupo de personas, hasta llegar a una gran edificación que como vimos en su letrero, era un hospital. Caminamos hasta una especie de sala y ahí estaban, junto con otros que no habíamos visto antes, pero tampoco parecieron impresionarse con nuestra llegada. Nos esperaban.

Un joven se nos acercó.

—Por aquí, por favor. Los atenderé.

Hizo que nos sentáramos y retiráramos los cascos. Yo apenas tenía cortes y mordidas, pero Centauri tenía una herida de disparo en la pierna y su hermano otra por el hombro. Suspiré esperando a que los atendieran por estar peor. De algún modo no podía dejar de mirar a mi alrededor de rato en rato, temiendo la aparición de los hombres malos.

Una joven humana se acercó. La vi con extrañeza, ya que me sonreía, su cabello era de oscuros rizos y estos rebotaron cuando ella aceleró el paso y quedó frente a mí. Un intenso aroma a fruta me inundó. ¿Qué fruta era? Casi la recordaba.

—Hola —saludó. En respuesta, solo fruncí el ceño un poco más—. ¿Cómo te llamas?

—Ácrux...

—Como la estrella de la constelación «Cruz del Sur» —habló con emoción.

—Sí... —No entendí a qué venía todo esto. ¿Qué era lo que quería? ¿Por qué me hablaba con esa alegría? Solo era un monstruo más.

Miré a mi alrededor con temor otra vez.

—Déjame curar tus heridas —pidió despacio.

Asentí. Tomó mi camisa y empezó a desabrocharla, al instante la piel se me escarapeló y recordé las descargas eléctricas que me infligían por casi cualquier cosa. De un respingo la aparté para hacerlo yo. Miré nuevamente a mis costados, temiendo ver a los hombres viniendo por mí. Respiré hondo y cerré los ojos, el leve temblor en mis manos no me dejaba maniobrar con los botones.

Fue raro, pero no me extrañaba que los recuerdos vinieran así de la nada, eso había sido parte de mi vida desde que tenía memoria.

Pareció recordar algo y volteó hacia el evolucionado de ojos verdes, que estaba al lado de otra humana quien al parecer lo estaba curando de lo que nosotros le hicimos. Le avisó sobre algo a lo que no atendí, me dediqué a revisar de nuevo mi entorno.

—¿Listo? —me preguntó ella al ver que ya había acabado de desabrochar la prenda.

Respiré hondo otra vez cuando la deslizó por mis hombros con cuidado para empezar a tratar mis heridas, me estremecí un poco, tenía algo de vergüenza, además. De algún modo tenía anclada en mí una especie de regla que decía que no debía mostrar mi cuerpo. Pero si era para que me trataran algún mal...

—Descuida, esto no te va a doler —aseguró con amabilidad.

—Gracias —fue lo único que pude decir. ¿Por qué me trataba así?

Sonrió, se le vio tan bien, quedé mirándola con los ojos algo más abiertos de lo normal, pero no tardé en reaccionar y revisar mi entorno nuevamente. Si algo sospechoso aparecía iba a salir disparado. Luego de asegurarme de que no venía nadie raro, volví a verla, y no le desprendí la vista en todo el rato, distraído en la forma en la que se

concentraba, cómo arrugaba esas pequeñas cejas. Tenía un rostro dulce, si se le podía decir así, para ser humana. Aparte del olor, que ahora sabía que eran fresas, y venía de su cabello.

—Tienes unos muy bonitos ojos —comentó mientras me vendaba el brazo.

Otra extraña sensación se hizo presente y fruncí el ceño ante eso.

—¿No te atemorizan? —Bien recordaba los constantes gritos de las personas.

—No, son geniales. Bueno, antes sí, me daban miedo, pero ya me acostumbré.

—Qué extraño... No deberías. —Suspiré—. He hecho cosas que no quiero recordar, nada en mí puede ser «bonito»...

Sus ojos se plantaron en los míos, brindándome un dulce sentir, eso me produjo otra rara sensación al segundo.

—No ha sido tu culpa. No eres un monstruo si eso crees. —Me sorprendí—. De nada sirve sufrir, eso no te hará volver al pasado. ¿Sabes? Estamos con uno de los suyos y la verdad pienso que son geniales. Él está quedándose aquí y entrena también, lo han aceptado muy bien en el grupo de Max, nuestro amigo. Planean sacar al aire lo que está haciendo el gobierno con ustedes, eso de maltratarlos y...

Hablaba sin parar, pero en mi mente se había quedado lo que dijo sobre el tal Max y el H.E que había sido aceptado. Vi de reojo a Alpha y a su hermano y también estaban atentos. Sus ojos se posaron en los míos y asintieron, dándome a entender que también querían algo así.

Vi al de ojos verdes venir por un pasillo con tres más de mi especie, mayores, y uno de ellos era evidentemente su padre, se le parecía y olían similar.

—Ha sido un gusto —dijo este—. Gracias por la atención que nos han brindado.

—Descuide, el placer fue mío —respondió la chica de cabellos marrones—, pueden venir cuando gusten.

Asintieron y se retiraron. Me bastó con saber que otros de mi especie se habían quedado y estaban quedándose sin problemas aquí, eso me dio confianza y esperanza.

Me puse de pie junto con mis compañeros, luego de pedirle un segundo a la chica habladora, aunque no estuviese escuchándola ya, y nos dirigimos hacia el tal Max, que estaba con el brazo vendado.

—Queremos unirnos a tu grupo —pedimos.

—¿Qué?

Tomé la palabra:

—No tenemos nada ahí afuera, queremos quedarnos y ser útiles en algo, ya han aceptado a ese de ahí —señalé al H.E—. Tres más serían mejor.

El sujeto se encogió de hombros.

—Ya qué, vengan —volteó—. ¡Nos vemos luego!

Le di un último vistazo a la chica de rulos y seguí a mis compañeros.

¿Que no era un monstruo a pesar de todo? ¿Pensaba eso de mí? Bueno, no me conocía. De todos modos al estar cerca la vería seguido. No todos los humanos eran malos al parecer, aunque no bajaría la guardia, con el buen olfato que tenían los de mi especie, podrían no tardar en aparecer con dos de ellos y atrapararme otra vez. Debía refugiarme

aquí y a la vez tratar de olvidar lo que había hecho. Además, esperaba recordar de dónde venía.

Tuve la rara sensación de que alguien me esperaba. ¿Pero ya cuánto tiempo habría pasado? Quizá años.

Nos aproximamos a una edificación vecina con un gran campo en la parte posterior, pude ver un bosque algo seco más atrás, tuve el leve impulso de caminar en su dirección pero no lo hice. En mi mente rondaban dudas. Al ingresar al segundo nivel, nos enseñó las que serían nuestras habitaciones. Una cama, un escritorio, un pequeño baño. Sin duda mejor y más decente que la celda en la que me tenían.

—Lo que quisiéramos es saber cuándo haremos algo contra los que nos han hecho daño.

—Calma, primero hay que hacer las averiguaciones respectivas —insistió Max—. Ahora acomódense, ahí encontrarán ropas y uniformes de distintas tallas. Cuando terminen pueden bajar y servirse lo que gusten en el comedor.

Sentí mis ojos brillar. Comida, carne, la necesitaba. Ni siquiera era consciente de si la comía o no durante mi encierro, seguro sí, si no, no estaría vivo, pero no la había disfrutado durante años tal vez. Los hermanos me miraron, nos sonreímos apenas y nos apresuramos.

Claro que no duró mucho mi entusiasmo, ya que al ducharme, descubrí un par de marcas en mi cuerpo que no salieron por más que sobé con jabón, esponja y garras. Un número siete en mi hombro izquierdo, y un ochenta y ocho pequeño al costado de mi vientre bajo. Esos malditos me tenían marcado, quizá podrían encontrarme gracias a eso, no podía dejar que se viera. No podía creer que nunca había sido consciente de que estuvieran esos números.

Bajé a comer, y recuperé un poco el ánimo al ver lo que había.

Me encontré en desesperación, intentando aferrarme a algo. Me ahogaba. Los humanos me tenían en un tanque de agua y los veía a través del cristal, hacían sus anotaciones sin inmutarse mientras me asfixiaba. Golpeé con fuerza soltando un grito sin importar que el agua ingresara en mí, y para suerte, el vidrio se rompió y caí.

El duro y frío piso me recibió, junto con la lluvia de cristales. Tosí y traté de expulsar el agua, sin embargo vinieron con sus armas de electrochoque, y de una descarga grité sin siquiera reconocerme. Gruñí con fuerza y volvieron a electrocutarme. Grité una y otra vez, la fuerte corriente me recorría, quemando, ardiendo, golpeando. Me sentí patético, tirado en el suelo, a su merced.

Desperté de un salto, gruñendo. Una silenciosa y tranquila habitación me recibió, respiraba agitado, mi pecho subía y bajaba con velocidad, y estaba empapado en frío

sudor.

Froté mi cara y quedé acurrucado sobre el colchón. El ruido de mi respiración se fue acompasando, logré inhalar hondo y relajarme un poco más. *Ya pasó, solo fue una pesadilla, solo eso.*

Cerré los ojos.

—¡Es hora de despertar, señoritas! —llamó alguien desde afuera.

Reconocí al tal Max. Volví a respirar hondo y me preparé para iniciar el día, odiando las marcas en mi cuerpo durante la ducha, las odiaba en verdad.

Ya que había sido aceptado en el lugar, intentaba acoplarme. Algunos humanos nos miraban extraño a los hermanos y a mí, pero intentábamos no parecer «poco humanos» de todos modos. Dormíamos aquí, sin embargo el H.E al que había atacado no, venía del hospital que estaba al lado, de seguro era muy unido a los humanos como para quedarse allá con ellos. De hecho, traía un poco de su peste.

Max le dijo que nos indicara qué hacer y se aproximó a nosotros. Supimos su nombre, Sirio. Nos enseñó todo el equipamiento, las máquinas, las armas, el campo exterior, sus pistas y circuitos. Noté el anillo que llevaba en uno de sus dedos, y mi mente confusa me entregó cierta información sobre eso. Estaba unido a alguien.

Unión...

Una chica con ojos de verde oscuro me miró de forma inocente. Sacudí un poco la cabeza y fruncí el ceño al verla desaparecer de mi mente. Eso había sido raro, ¿quién era ella?

Empezamos con entrenamientos básicos, cosas que de algún modo ya sabía, que estaban en mis confusos recuerdos. Por ejemplo, no recordaba cómo fue que aprendí a disparar un arma y lanzar cuchillos, porque sabía hacerlo, y bien.

Dos mujeres humanas nos observaban desde el exterior, sentadas junto a las plantas. Las conocía a ambas, claro, a la chica de rizados sobre todo. Al verme observarla sacudió la mano y me sonrió. Mi única respuesta fue mi ceño fruncido con extrañeza, pero no me desagradaba que estuviera ahí, no olvidaba que ella había sido la primera en decir que no era un monstruo, eso hizo que sintiera algo parecido a lo que se decía era la calma. El olor a fresas de su cabello se quedó conmigo toda la tarde.

Al finalizar, salí y quedé cara a cara con la chica de rizados, bueno casi, porque estaba distraída mirando al cielo. Junté las cejas confundido y alcé la vista también, pero no había nada. ¿Qué observaba entonces?

No me importó, de forma inconsciente la contemplé el tiempo que pude.